

# Por qué es necesario reducir la jornada de trabajo

## El tiempo como libertad y afirmación del sujeto

Javier de la Puerta González-  
Quevedo\*

*Si conocieras el tiempo como lo conozco yo,  
dijo el sombrerero, no hablarías de derrocharlo como una cosa. El tiempo es una per-  
sona (Lewis Carrol, Alicia en el país de las maravillas, 1865).*

\* Autor, con Ramón Jáuregui y Francisco Egea, del libro *El tiempo que vivimos y el reparto del trabajo* (Paidós).

Tomo 241 (2000)

RAZÓN Y FE

PP. 197-202

## Trabajo y libertad

**H**AY que estar ciegos para no reconocer que, si el avance tecnológico y el progreso económico tienen algún significado, éste no puede ser otro que la liberación progresiva del trabajo en beneficio de la actividad libre y creativa del ser humano. La «reversión» social del tiempo que ahorramos/«ganamos» en la esfera económica —que es la del tiempo *necesario/obligado*— para ser vertido en tiempo *libre/disponible* —el que permite una esfera superior de actividad y disfrute— hace que la economía como tal tenga sentido.

El tiempo que dedicamos a fortalecer la familia (cualquiera que sea su modelo) sobre la base de la igualdad en las responsabilidades domésticas entre hombres y mujeres, a hacer de la educación una aventura de toda la vida, a recomponer una sociedad civil solidaria y desinteresada, a crear y disfrutar la cultura y a recibir y asimilar la información relevante del mundo, o a participar *activamente* en la vida política y económica, no es un tiempo perdido (oculto, «interior»), que se disipe o escape entre las entretelas de la realidad social («exterior»), sino un tiempo ganado para todos: el tiempo humano por excelencia, el de la «vida inventada» más allá de la supervivencia, que según decía Ortega se encarama por encima de la necesidad natural.

Así, por ejemplo, no puede haber igualdad real entre hombres y mujeres, si el trasvase masivo de tiempo de la vida doméstica —la atención a la familia y el cuidado de los hijos— a la esfera laboral/económica, no es suplido por una aportación equivalente del hombre a lo que hasta ahora era considerado un dominio femenino. Tampoco hay sociedad civil (vida asociativa libre, no interesada, más allá de las asociaciones *necesarias* del mercado y el estado, como la concibe Habermas) digna de tal nombre —que no sea un reducto elitista o mera retórica sin plasmación posible— sin una ampliación del tiempo en que se puede constituir efectivamente por la inmensa mayoría. Ni iguales posibilidades de acceso a la educación, a la información, la cultura y las artes, a la naturaleza, o la participación política efectiva. Por eso, la demanda de tiempo social para cualquiera de los ámbitos mencionados justificaría por sí sola la reducción del tiempo de trabajo. Hacer posible el desarrollo de todos ellos conjuntamente la convierte en una necesidad perentoria. La reversión del tiempo ganado por la sociedad al tiempo *necesario* de la economía en estas esferas de actividad superior (por libre) tiene un único *desideratum*: la libertad de la persona, del hombre y la mujer concretos, para afirmarse como sujetos activos, inventores de su propia vida.

## Del hombre económico al humano

**P**ERO no somos ingenuos. Aceptar esta obviedad de sentido común implica para la cultura dominante un cambio en ese código genético de comportamiento social que son los valores: pasar de pensarnos como *homo oeconomicus* (sometido a un tiempo programado por y para la economía) a aceptarnos como *homo humanus* (que aspira a liberar la mayor parte posible de su tiempo a actividades superiores, autodeterminadas –como las llama André Gorz– que son un fin en sí mismas). Pues en la lucha por la configuración del tiempo lo que se debate es la identidad personal, ya que es la dimensión en la que se perfilan los proyectos de vida: el tiempo es la dimensión esencial de la subjetividad, de nuestro espacio interior y de nuestra relación con los demás. Y en este *tiempo* nuestro que vivimos uno y otra sufren una aguda asfixia de tiempo, que es su medio ambiente, su oxígeno. (¿Dónde están los ecologistas del tiempo? ¿No saben que el tiempo malvertido en la economía es un factor polucionante, tóxico para la naturaleza en general y la vida humana en particular?) Liberar nuestro tiempo de la compulsión del imperativo económico, descomprimirlo para tratar de recuperar su reposo, su unidad y su sentido humano/personal, es una de las grandes tareas pendientes de la modernidad. Una tarea no sólo filosófica, psicológico-terapéutica (privada) o vagamente cultural, sino política –y, por supuesto, sindical.

En algo más de doscientos años el tiempo ha pasado de ser ciclos naturales eternos e inalterables a ser acuñado en oro, a convertirse en capital invertido e interés compuesto, en plazos de producción, tiempo de consumo y tiempo consumido, horas contantes y sonantes. Ha surgido de la intimidad del ritmo propio y cerrado de cada comunidad, saltando a los calendarios y horarios oficiales «nacionales», tornándose tiempo público, estratégico y planificado; de la circularidad del «reloj» biológico a la temporalidad rectilínea de la mente cartesiana y el tiempo científico, o al tiempo sublimado del sujeto/conciencia moral, proyectado hacia la Historia o hacia la eternidad; del tiempo de sujeción personal de la servidumbre y el vasallaje al tiempo enajenado, vendido al por mayor, del trabajo asalariado, y de éste al *tictac* individualista del nuevo credo del trabajo profesional atrapado en el instante conectado y prisionero de la angustia (trabajo que ya invade nuestra vida doméstica vía ordenador, fax y móvil); y, por último, el tiempo desempleado, vacío, o simplemente marginado, desechado en el basurero del tiempo social.

A lo largo de este siglo –y especialmente en las últimas décadas– en las

sociedades desarrolladas hemos ganado tiempo para el consumo, el ocio personal y un sinfín de actividades y posibilidades que antes no estaban disponibles para la mayoría. Este tiempo ganado se vive, sin embargo, de forma espasmódica, a intervalos y en reservas temporales acotadas y exigüas en horarios y calendarios, en vacaciones como islas de tiempo; y casi siempre con una sensación de perentoriedad, sintiendo en nuestra nuca el resoplido apresurado, compulsivo, del tiempo *necesario* cada vez más tenso que nos rodea y nos agobia.

### Tiempo libre ¿para qué?

**H**EMOS ganado tiempo de ocio en los últimos ciento cincuenta años, pero la *taylorización* del tiempo libre y su colonización por los medios de comunicación y el consumo programado, la quiebra de las funciones tradicionales de la familia, el nuevo e imprescindible papel laboral de la mujer, la presencia activa que demandan nuestros mayores, el tiempo sincronizado que congestiona las aglomeraciones urbanas, la intensidad y el ritmo impuesto por las nuevas tecnologías en el trabajo, así como la avalancha de información y ofertas culturales que nos sobrepasan, configuran un tiempo a la vez comprimido y desarticulado, en permanente fuga de nuestro control.

Las nuevas y extraordinarias posibilidades que ofrecen la educación universal y el acceso masivo a la cultura y la información han desbordado la rígida y compartimentada ordenación social del tiempo de la época industrial clásica. Hoy el progreso incurre en el absurdo de generar nuevas necesidades sociales y aspiraciones humanas (y nuevas tecnologías con sus inmensas posibilidades) que no caben en nuestro tiempo. Nos promete posibilidades de desarrollo personal que la ordenación actual de la jornada —dominada por la tríada endogámica *Trabajo, Tecnología, Mercado*— mantiene bloqueadas. La ciencia económica ha olvidado desde el principio una variable fundamental, sustrato de toda actividad y de todo valor: el tiempo humano. En el siglo XIX lo «olvidó» como *input* (jornadas de más de 14 horas) para la oferta de producción; a las puertas del siglo XXI, con una economía de servicios y productos informativos y culturales, lo ignora como valor esencial del *output* y de su demanda: tiempo para el consumo, y, más allá, para la vida personal (incluso para su reproducción biológica, cuando las mujeres ya no tienen tiempo —frente a sus carreras— para tener hijos).

En la inercia del sistema que se resiste a cambiar su concepción lineal y abs-

tracta (inhumana) del tiempo, subyace una ideología que convierte en su ídolo a la Economía (el moderno Cronos que devora a sus hijos), que sólo entiende la razón de los medios e ignora el sentido de los fines. Una ideología incapaz de comprender que para cada vez más gente el tiempo disponible para ser vivido por sí mismo es una forma impagable de *ingreso*, una *ganancia* inconmensurable (incontable y, por lo tanto, a-económica); que el tiempo libre –y activo, no el tiempo inane y desasistido del paro, de la jubilación anticipada masiva que hoy viven muchos mayores (una forma de reparto absurdo del trabajo que encubre el paro) o el tiempo fungible del ocio pasivo– es la forma superior que puede adoptar el excedente producido económicamente por una sociedad; que lo que economiza la economía es, sobre todo, tiempo; y que las sociedades históricamente más dinámicas lo han liberado del trabajo esclavizado y rutinario para dar libertad a sus miembros –aunque fueran durante siglos una minoría privilegiada– para superarse a sí mismos.

De vivir en un tiempo amigo con el que nos fundimos como en nuestro más íntimo medio ambiente, hemos pasado a luchar contra el tiempo –nuestro más encarnizado, inexorable enemigo– creyendo dominarlo porque lo despedazamos a mandobles de manilla, a golpes de *bit* digital, mientras se nos fuga por las entretelas de una experiencia socialmente atomizada y vitalmente segmentada (en nuestro ciclo laboral/profesional, pero también en el familiar/sentimental; incluso en el día a día sometido a la información instantánea que compone nuestro mundo) y nos deja, perplejos, sin remota idea de lo que es. Y es que *nosotros* somos el tiempo, hechos como estamos de su sustancia inasible. Corremos el peligro, como advertía Séneca a los ajetreados romanos, de que nuestras vidas «se hundan en el abismo», pues nuestro tiempo «no tiene debajo algo que lo recoja y conserve, así nada importa cuanto tiempo se nos da. Si no hay donde resida, pasa de uno a otro lado a través de los espíritus ruinosos y agujereados» (*De la brevedad de la vida*).

## Por un tiempo disponible

**YA** es alta hora de que nuestro tiempo repose sobre sí mismo, liberándolo de la constricción económica, ampliando el margen para las actividades que son su propio fin, y que hacen que nuestras experiencias *duren* y tengan un significado personal: la familia, la amistad y el amor; la comida y la conversación; el sueño y la imaginación, la educación y la formación permanente, la cultura y las artes; el diálogo público y la participación política; la lectura y la información asimilada; el deporte y

el disfrute de la naturaleza; el trabajo artesanal, el «trabajo» transformado y reapropiado, para uno mismo o voluntario para la comunidad; la vida religiosa, la fiesta y el juego, o —¿por qué no?— el dulce, divino, «no hacer nada» (esa forma superior de *actividad* —la verdadera contemplación de los Santos?— que alabaron personajes tan dispares como Paul Lafargue y Bertrand Russell) cuando el tiempo, simplemente, se desvanece porque se respira lenta, plenamente.

El actual sistema no sólo comprime y escamotea el tiempo social y personal por un lado, sino que lo despilfarra e infrautiliza por otro. De una u otra forma, en un tenso y absurdo desequilibrio, vivimos tiranizados por un tiempo social ineficazmente organizado e injustamente distribuido. Pero, sobre todo, mal vivido. Unos pocos se drogan con el trabajo y otros porque no lo tienen, unos viven angustiados porque no tienen tiempo para nada y otros porque no tienen nada que hacer con su tiempo.

Hay que replantearse el valor, tan caro a la ortodoxia económica, del trabajo obligatorio como superesfuerzo y medio casi exclusivo de realización personal y progreso social. Y rechazar su consideración como droga existencial o épica egocéntrica de unos pocos cualificados «imprescindibles», mientras el trabajo rutinario precario, o el paro, quedan para el resto.

En nuestros países latinos hemos sufrido una reciente y fulgurante conversión al espíritu del capitalismo protestante y muchos —saltándose el mandato divino— presumen de trabajar hasta los domingos. La izquierda tendrá que reivindicar, entonces, sus orígenes católicos para repartir el trabajo un poco por toda la semana; universalizar, extendiéndolo a toda la sociedad, ese tiempo sagrado liberado para el hombre más allá del privilegio de una casta ociosa; y hacer más llevadera la carga bíblica y bendición terrenal del trabajo distribuyendo mejor la carga.

Ni el robot ni el *chip* tienen por qué condenarnos al paro, a la desigualdad o la insania del tiempo acelerado y en fuga. Nos están dando los medios para reequilibrar necesidad y libertad, para crear una utopía concreta que nos permita recuperar el tiempo que vivimos.